

Transición primaveral

Santiago Eduardo Hernández Colorado

Ángela Margarita López López

Juan Esteban Quiñones Moncayo

Estudiantes del Programa de Derecho

Universidad Mariana

En la prímula oscura de los ayeres,
el sol radiante cubre sus ojos de incandescencia ante una apatía peculiar,

ofrecida para los clisos de quien desea ver.

Ver como las almas moribundas en su propio respirar
ahondan constantemente su desesperanza e impureza.

En su ser, la pasión de su metamorfosis
conforma un espectáculo merecedor de epatar,
tal y como lo hace una flor amarilla en su esplendor.

Aunque si bien, el fulgor errante
vaga entre los campos y las rosas,
se da paso por la órbita circundante que se multiplexa en un solo medio
la agonía del fin.

Pero bien que *Xipe Totek*, el inmortal del entretiempos,

se hace el de la vista gorda ante lo rápido y lento del brote enfermizo,
yuxtapuesto a la dicotomía producida entre la psique y la figura.

Basta como muestra el transitar de un desorden de gotas sedosas en
conmoción

para entender cómo esta utopía

se convierte en una cruda realidad múltipara de seres afligidos y
desconsolados.

Probablemente, es aquí, en los abriles, donde nada es lo que parece;

el equinoccio es solsticio y el solsticio es equinoccio,

y, simultáneamente, se es y se deja de ser.

Pero, desde que emergemos a la luz,

el mayor archienemigo de la primavera es el tiempo,

que consume y que rebasa cualquier intento por salir de esa maraña de
segundos que estarán cuando ya no estemos.

Nada se detiene

ni siquiera las hojas anaranjadas que caen al son del viento,

porque el mundo en el coexistimos se mueve alrededor de ellas.

Extraemos, desde lo más profundo e inconsciente,

que todo lo que empieza en algún momento deja de encontrarse.

Por eso, hay que morir para que otros surjan,

para que el oro se halle en sintonía en una noche igual,

donde nunca sea siempre,
y la esencia recorra el ayer y el hoy de forma sempiterna.
Cada rayo de sol, que se ha asomado en las ventanas del alma,
hace que el centro corpóreo que nos compone
se vista de un sinfín de colores, que llegan a declinar,
pero que se moldean en el infinito,
como el recuerdo de un beso al despertar o el de una caricia al dormir.
He ahí la transición primaveral,
que entreteje la discordia y la esperanza,
convirtiéndolas en una cálida manta que cobija y protege el corazón,
del efecto producido por la disnea de subsistir a manos de la ceguera.
Vaya creación divina, que corrompió al amor y lo convirtió en una comedia.